

Pero la asombrosa facilidad con la que Sidonio obtuvo el beneficio de la vista material, es la figura y la imagen de la facilidad todavía más asombrosa con que se puede obtener la vista espiritual por la gracia de la fe. ¿Cuántos esfuerzos, cuántos estudios son necesarios para llegar á ser filósofos, sabios según el mundo?... Y algunos instantes de instrucción bastan para formar el cristiano, el verdadero sabio según Dios. Además, lo mismo que para gozar de la luz material basta tener los ojos sanos y la voluntad de abrirlos, así también para gozar de la luz de la revelación divina sólo se requieren dos cosas: la integridad del ojo intelectual, y la voluntad de creer; es decir, la humildad del espíritu y la sinceridad del corazón.

Los filósofos antiguos y modernos, hablando del principio que es preciso no admitir como verdad natural sino lo que á cada uno parece verdadero en el estadio de la naturaleza, después de haber pasado toda su vida en interminables disputas, han ido á parar, en último término, á la duda. Los verdaderos protestantes, partiendo del mismo principio aplicado á la revelación, es decir, profesando el de que cada cristiano no debe admitir como verdad revelada sino lo que le parece tal leyendo la Escritura, después de interminables indagaciones y de innumerables variaciones, han ido á parar á la indiferencia.

¡Cuán felices somos, hermanos míos, en pertenecer á la Iglesia católica, en cuyo seno, sin disputar, sin buscar, sin racionar, con sólo la sumisión á la enseñanza de la Iglesia, conocemos, de la manera más clara y más exacta, á Dios y sus atributos, al hombre y su origen, su condición presente y sus destinos, al Redentor y sus misterios, los sacramentos y su eficacia, las leyes divinas y sus obligaciones, el mal y sus castigos, el bien y sus recompensas! Nosotros conocemos todas esas grandes y

sublimes verdades, y nos adherimos á ellas sin vacilar como á dogmas de fe, mientras que la razón, abandonada á sí misma, jamás ha conocido ni una sola de una manera exacta y sin mezcla de errores: mientras que los verdaderos protestantes jamás han tenido sobre esas mismas verdades más que simples opiniones, y han permanecido expuestos á todas las variaciones, á todas las fluctuaciones del sentido privado. Pues bien; esa sublime ciencia de todo lo que es necesario al hombre, la hemos obtenido sin esfuerzos, sin emplear largo tiempo, por las instrucciones de nuestras madres cristianas ó de los ministros de la Iglesia. Por manera que nosotros podemos decir también con un laconismo de lenguaje que responde á la rapidez y á la facilidad de los hechos: « He sido bautizado, he escuchado, y creo, » lo mismo que el ciego de nacimiento decía: « Fui, me lavé, y veo. » Y eso es porque el mismo poder lo ha hecho aquí y allí. La ceguera del alma, como la corporal, llamaba á un poder sobrenatural y divino, y ese poder le ha empleado Dios en toda su eficacia. La virtud de su Verbo, por la que crea todas las cosas, las sostiene y las restaura, ha operado en nosotros, y del rostro del Cristo ha reflejado sobre nosotros la luz, por la que todo vive y se embellece en el orden de la gracia y en el de la naturaleza.

SEGUNDA PARTE.

Al ruido del grande milagro que acaba de producir tan honda impresión en la ciudad toda de Jerusalén, se reunió solemnemente el gran Sanhedrín: todo el aparato de la autoridad fué desplegado en él. Llamados los padres de Sidonio, fueron introducidos en la Asamblea, y apenas se atrevían á confesar temblando que Sidonio era su hijo, y que estaba ciego desde su nacimiento. Porque en

los semblantes y en la voz de los inicuos jueces se traslucía un odio inmenso á Jesucristo y á todos los que se declarasen partidarios suyos.

Pero Sidonio no se intimidó con todo aquel aparato de amenazas y de terror, y cuando después de haberle hecho referir las circunstancias del prodigio, los jueces, sin pudor ni comedimiento, se esforzaron en persuadirle que Jesucristo no podía ser más que un pecador y no un profeta (1), Sidonio respondió con tanta sagacidad como valor: «Yo no sé si Jesucristo es ó no pecador, pero sé muy bien, y sin dudarle, que yo estaba ciego, y ahora puedo hacer uso de mis ojos» (2). Y añadió: «¿Por qué insistir? ¿Acaso tendríais vosotros también intención de llegar á ser discípulos suyos? (3).

¡Admirable rasgo de valor y de intrépida gratitud! ¡Sidonio se declara así expresamente discípulo de Jesucristo, á presencia de sus más encarnizados y poderosos adversarios!... Así fué que le respondieron con horribles maldiciones (4). ¡Dichoso Sidonio, por haber merecido semejantes imprecaciones, y haber sido maldecido por confesar al Cristo!... ¡Señor, á nosotros también concedednos el honor de ser maldecidos y escarnecidos del mundo, de los impíos y de los herejes, por nuestra fidelidad á vuestra ley y á vuestra Religión!... ¿Os recordamos que habéis prometido la felicidad eterna á los que sobre la tierra hayan sido maldecidos por amor á Vos...? (5).

A las maldiciones, los judíos añadieron también los desprecios y los insultos. «¡Miserable!... le gritaron:

(1) Nos scimus quia hic homo peccator est. (*San Juan*, ix, 24.)

(2) Si peccator est, nescio; hoc unum scio: Quia, cæcus cum essem, nunc video. (*Ibid.*, 25.)

(3) Quid iterum vultis audire? Numquid et vos vultis ejus discipuli fieri? (*Ibid.*, 27.)

(4) Maledixerunt ergo ei. (*Ibid.*, 28.)

(5) Beati eritis cum maledixerint vobis homines propter Filium hominis; ecce merces vestra copiosa est in cælis. (*San Mateo*, v. 12.)

¿cómo te atreves á pensar que podamos llegar á ser sus discípulos? Sólo tú cuanto quieras: nosotros no somos discípulos más que de Moisés: por lo que hace á Moisés, sabemos que Dios le habló; pero en cuanto á ese, ni sabemos quién es, ni de dónde ha venido...» (1).

¡Cuánta insolencia en esas palabras!... ¡Cuánta audacia contra el Dios Salvador!... ¡Qué rabia contra sus discípulos!... Sidonio no se alteró, y con calma imperturbable: «Es muy extraño, respondió, que no sepáis de dónde viene Jesucristo, cuando acaba de abrirme los ojos. En vano quisierais persuadirme que es un pecador; no lo creo así. Es bien sabido que Dios no atiende á la voluntad de los pecadores, sino á la de los que le adoran y son fieles á su ley. Desde que el mundo existe, jamás se ha oído decir que un hombre haya abierto los ojos á un ciego de nacimiento. Si Jesús no viniese de Dios, no podría obrar semejantes prodigios» (2). ¡Admirable argumentación!... exclama San Euthymo. Se ve muy bien que el Salvador, al dar á Sidonio el sentido de la vista, le abrió de una manera no menos maravillosa los ojos de la inteligencia (3).

Los jueces, en vista de aquel discurso sin réplica, no depusieron su obcecación y su furia. «Y tú, le dijeron, tú que has nacido en el pecado; tú, maldito antes de nacer, ¿vienes á darnos lecciones?...» y le arrojaron de allí como excomulgado (4). Así, dice Eusebio de Emeso,

(1) Tu discipulus illius sis, nos autem Moysi discipuli sumus. Nos scimus quia Moysi locutus est Deus. Hic autem nescimus undè sit. (*San Juan*, ix, 28, 29.)

(2) In hoc enim mirabile est quia vos nescitis undè sit, et aperuit meos oculos. Scimus autem quia peccatores Deus non audit; sed si quis Dei cultor est et voluntatem ejus facit, hunc exaudit. A sæculo non est auditum quia quis aperuit oculos cæci nati. Nisi esset hic à Deo, non poterat facere quidquam. (*Ibid.*, 30, 31, 32, 33.)

(3) Vide quomodo mirabiliter argumentatur! Verè non exterioribus tantum oculis, sed et interioribus est illuminatus. (*Euthym.*)

(4) In peccatis natus es totus et doces nos! Et ejecerunt eum foràs. (*San Juan*, ix, 34.)

triunfaron los hijos de la mentira, y expulsaron al discípulo y al apóstol de la verdad.

Pero si los judíos echaron á Sidonio con encono, Jesucristo le recibió con la más grande bondad. Fué á buscarle al templo, adonde el ciego curado se había trasladado, y aproximándose á él con la misma ternura que antes de su curación! «Sidonio, le dijo: ¿quieres tú creer en el Hijo de Dios (1)?—Señor, ¿quién es ese Hijo de Dios?... Bajo vuestra palabra estoy pronto á creer en él (2).—Tú le conoces, tú le has visto, le dijo entonces Jesucristo; es el mismo que te habla» (3). Una revelación tan clara, tan afectuosa, llenó á Sidonio de un júbilo enteramente celestial, y en un trasporte de fe y de amor, exclamó: «Sí, Señor, creo;» y prosternándose á sus piés, le adoró (4).

Y en nuestros días también esos hombres de mentira, esos hombres para quienes todo es verdadero menos la verdad, todo es objeto de pasión menos la virtud, todo obligatorio menos el deber, todo honroso menos el honor, son los que calumnian, los que ponen en ridículo, los que persiguen, los que expulsan y arruinan, si les es posible, á aquellos cuya presencia es para ellos una censura y una reprobación perpetuas. Honorífico, sin duda, y glorioso es para los decididos amigos de la religión y de la virtud el tener semejantes adversarios. Pero ¡cuán ignominioso es el que con harta frecuencia, por no disgustar á semejantes hombres, lleva la debilidad hasta tomar la máscara de la irreligión, de la incredulidad, ó al menos de la indiferencia!...

¡Desgraciados hipócritas del vicio ó del error, más des-

(1) Tu credis in Filium Dei? (*Ibid.*, 35.)

(2) Quis est, Domine, ut credam in eum? (*Ibid.*, 36.)

(3) Tu vidisti eum, et qui loquitur tecum ipse est. (*Ibid.*, 37.)

(4) At ille dixit: Credo, Domine! et prociens adoravit eum. (*Ibid.*, 38.)

preciables que los hipócritas de la virtud y de la fe!... Porque si indudablemente es una cobardía el afectar en las palabras una fe que no existe en el corazón, y el tomar las apariencias de una virtud desmentida secretamente por las acciones, todavía es una vileza más grande y más abyecta el vanagloriarse de excesos que no se han cometido, el profesar errores rechazados por las propias convicciones, y el querer ocultar una especie de gloria por el vicio y la impiedad, que se desprecia en el fondo. No es menor cobardía el no tener el valor de su fe, cuando se tiene el de su opinión política, y el ruborizarse de ser reconocido como hombre de la Iglesia, cuando no causa rubor el ser hombre de partido, el declararse y hasta apasionarse por un maestro de filosofía, y aparentar no tener maestro alguno de religión; aceptar el culto del hombre, y renegar de Dios. Todos esos son dignos de lástima: llegará día en que el Hijo de Dios se avergüence, delante de su Padre, de todos esos cristianos que se hayan avergonzado de Él delante de los hombres.

Hé ahí, pues, al discípulo fiel de Jesucristo que, no contento con haberle confesado delante del Sanhedrín por la sublime defensa que hizo de Él, quiere confesarle por el culto y la adoración que le rinde. Así son condenados por tan sublime ejemplo esos hombres inconsecuentes, que algunas veces tienen suficiente valor para declararse en voz alta cristianos ante los incrédulos, y católicos ante los protestantes, pero que no tienen bastante ánimo para practicar su religión. Confiesan á Jesucristo en el mundo, y rehusan confesarle en el templo. A ellos reprendía el Apóstol San Pablo el glorificar á Dios con las palabras, y renegar de Él con las obras (1). Por consiguiente, Jesucristo no es más

(1) Factis autem negant. (*Tit.*, I, 16.)

que el Dios de su espíritu, no el Dios de su corazón.

¡Felices vosotros todos, hermanos míos, que, no contentos de declararos cristianos á la faz del mundo, venís aquí con frecuencia á rendir vuestro homenaje á Jesucristo!... Vosotros se le tributáis por el anhelo con que participáis de sus sacramentos, por el recogimiento con que escucháis su palabra, y sobre todo por la fidelidad con que obedecéis sus leyes. Así, vuestra confesión de fe pasa del espíritu al corazón, y de las palabras á las acciones. Esa es la fe perfecta y viva: tiene todo el mérito de la fe de Sidonio, y tendrá también su recompensa. Porque Jesucristo ha dicho: «Al que me confiese delante de los hombres, le confesaré yo delante de mi Padre, que está en los cielos» (1). Luégo al que Jesucristo confiesa por su discípulo, es acogido como un amigo, es adoptado como un hermano y un coheredero, es abrazado y amado con predilección como un hijo: esa confesión servirá para contemplar un día sin velo, cara á cara, la belleza perfecta, la amabilidad infinita de nuestro Salvador, que al presente no vemos más que en los enigmas de la fe y en el espejo de sus obras. Servirá para participar de todos los consuelos, de todas las delicias, de todas las alegrías, que, como toda luz, emanan del adorable rostro de Jesucristo. Entonces se cumplirá en toda su plenitud el oráculo divino: «El que ha mandado que la luz brote del seno de las tinieblas, hará brillar todos los esplendores de la ciencia divina, reflejados en nosotros por el sol de la eternidad.» Pero no olvidemos las últimas palabras que Jesucristo dirigió al ciego curado: «Yo he venido á este mundo para ejercer un juicio de justicia y de misericordia, para que los que no

(1) Confitebor et ego eum coram Patre meo qui in caelis est. (*San Mateo*, xvi, 22.)

ven, comiencen á ver; y los que ven comiencen á quedarse ciegos» (1). Profundas y terribles palabras, que anuncian los más grandes misterios de la gracia divina y todo el orden providencial de Dios en el gobierno de las almas. Sólo depende de nosotros el ser del número de los que, viendo muy claro, ó siendo ciegos, deben ser iluminados con los resplandores eternos. Para eso nos bastará aprovechar la advertencia que se nos ha dirigido en la parábola de las diez vírgenes prudentes y de las otras diez insensatas. Si no oponemos un obstáculo voluntario, Dios nos suministrará seguramente la antorcha de la fe. Pero, no lo olvidéis: la llama debe ser alimentada por el aceite de la caridad sincera. Todos, pueblo y clero, sacerdotes y legos, debemos hallarnos poseídos de ese santo ardor, que es á un tiempo mismo celo de la gloria, celo de la edificación del prójimo y celo de nuestra propia santificación. Si imitamos á las vírgenes insensatas; si, como ellas, llevamos la antorcha de la fe sin el alimento de las buenas obras, seremos, como ellas, excluidos del festín nupcial de Jesucristo en los cielos. Que esa amenaza no nos conturbe: mientras dure la presente vida, siempre es posible el proveerse abundantemente por la práctica de buenas obras: sólo cuando llegue la muerte será ya demasiado tarde para pensar en las buenas obras (2). En cuanto al tiempo presente, tenemos siempre la antorcha inextinguible, la antorcha que por sí sola ilumina y calienta á un tiempo mismo: no tenemos más que acercarnos á ella: jamás nos faltará. Él ha dicho: «Mientras yo estoy en el mundo, soy su luz (3). He venido á producir en él

(1) In iudicium ego in hunc mundum veni; ut qui non vident videant et qui vident cæci fiant. (*San Juan*, ix, 39.)

(2) Venit nox, quando nemo potest operari. (*San Juan*, ix, 4.)

(3) Quamdiu sum in mundo, lux sum mundi. (*Ibid.*, 5.)

el incendio del divino amor, y sólo busco corazones para abrasarlos» (1). ¡Ojalá podamos todos nosotros, hermanos míos, ahora y siempre, experimentar ese santo ardor!... Así sea.

(1) *Ignem veni mittere in terram; et quid volo nisi ut accendatur.* (San Lucas, XII, 49.)

HOMILÍA

SOBRE LA

PARÁBOLA DEL ADMINISTRADOR INFIEL (1).

Facite vobis amicos de mammona iniquitatis, ut cum defeceritis, recipiant vos in eterna tabernacula. (San Lucas, XVI.)

Haceos amigos con las riquezas injustas, y cuando lleguéis á faltar, os recibirán en los tabernáculos eternos.

Es un espectáculo muy doloroso para los ojos de la fe el ver el sacrificio á que se someten muchas personas, y las humillaciones y bajezas que emplean para procurarse protectores y amigos entre los poderosos de la tierra, cuando nada ó casi nada hacen para proporcionarse amigos y protectores cerca del gran Monarca del cielo, del Dueño del universo.

Para preservarnos de ese grande escándalo y de esa contradicción monstruosa, el Hijo de Dios dirigió á los ricos del mundo estas palabras tan dulces y tiernas, como amenazadoras y severas para el que sabe profundizarlas: «Convertid en capital de virtud las ganancias y economías, fruto de la iniquidad: proporcionáos amigos para el cielo por medio de los bienes de la tierra, y cuando

(1) Predicado en Montpellier en una asamblea de caridad.